

cho que me jiso da con er pecho en er zuelo; por ezo zoy fan despechao a vese: otro naturá, con un topaso que, naturarmente, me jiso vé eztreya: un molinete, con dó que me dió er toro, y por fin argo mareaiyo der repique, me fuí pa é, y... ¡záz!... ¡vaya cardo!... ¡colé jazta la mano!... ¡Mi mare, la que z'armó entonseeee!...

¡Crimináaaaa!...

¡Azezinoooo!...

¡Granujaaaa!...

Yo zí m'había dao cuenta de que l'azpá ze coló mu pronto. Pa mí que jerí en los blandoz...: ¡y tan blandoz!... ¡Como que le colé tor zable por er zitio de laz inrigasione!...

¡Bandíoooo!...

¡Verdugoooo!...

Zeguía gritandó aqueya gentusa: pero de pronto cayó zobre mí una nube de mositos crúo, que largándome cá palo que jasta a Dió le jardía er pelo, me dejaron los güezo lizto pa un rato.

Aumentaba la juerga p'aqueyos bárbaro, y miz dolore aumentaban también: mi cuerpo ya no jera cuerpo; no zeñó: ¡jera er Zacro Colegio e Cardenale!...

¡No jay erecho!—zeguían proteztando má que un comersiante en quiebra:—¡zo bruto!... ¡ezo no e matá toro!... ¡ez jeringá animalitoz con zabrel!...

¡Otra ve lo mataré con la *mepatía!*—gritaba yo ezezperaíto.

Entonse, loz inquiziore tomaron la coza por ande quema; a mí m'entró er pánico a pezá de tó

mi való: ¡y aquí te quiero yo vé, arma mía!.. Convensió de que la pie me la jiban a dejá má negra c'un luto e mare, me entregué ezmayafto a loz cabileñoz, zin que me quearan alientoz, má que pa encomendá mi vía al Arcarde...

¡En ozté confío, zeñó Prezientel—: le desía yo ezpantao d'una vez.

Ez cazo de fuerza mayó,—me contestaba aquel imbesi, tan y mientras me zacudía un estacaso, que zi zería de güena marca, que m'arrancó er pelo y dende entonse no ma'zaió... Y claro; animao er pueblo por el ejemplo de la primera autoría, zacó un zerón e cá el Pregonero, me metieron en é—en er zerón—y m'arraztraron por toaz parte jazta que me jisieron la judiá e cortarme la coleta con una caña,—¡zi pazaría yo faitiga!—pa tirarme dezpué al río con corbo y tó. Pero de pronto, ze le ocurre desí a uno: ¿vamo a jasé con é, lo que jiso el aragoné con zu burro pa que corriera?...

Una carcajá unánime, fué er premio otorgáo al inisiaó e la idea;—¡mardita zea la mare que lo parió!—y dezpué, aqueya gentesiya comensó a gritá:—¡Zí!... ¡zí!... ¡lo er cuento!...: ¡lo er cuento!.....: ¡venga ajora mizmito lo er cuento!...

Zin má contemplasione, me zacaron chorreadito como una anguila, y unoz e los pie, otroz e la cabeza, estoz e los braso, aqueyoz e la pierna, me zujetaron como a un noviyo en día de jerraero.

¡No quiero recordál... Cuando me vieron zin poé menearme, uno de loz má ezarmao, ze fué corriendo y en menoz tiempo que ze dise, volvió con un picante de ezo que rabian má que una zuegra, y partiéndolo por la mitá comensó a dar-me frote por iguá zitio que yo jabía dao endenante la estocá ar toro. Y no quieran ozté zabé er martirio de aqueyoz picore..! Dezpué de un buen rato e dale que le daz—mientra que ze ezterniyaban de riza loz mu puercoz que prezenciaban er suplisio,—me puzieron e pie, y me jecharon a juí... Bueno: rfanze oztés, de los artomóviles Hizpano Zuiza:... aqueyo no era corré: era volá: ¡con cá zarto que yo pegaba, que paresía un *tiritifero* en día de gran junsión!.. ¡Mardito zea, home!.. ¡cuánto jubiera agradesió entonse que Dió me jisiera sien pie, mejó que perzona: poique razca que te razca; con do manita na má, no tenía yo baztante.

Carretera arriba como una ersalasió, cortaba yo má camino quer viento... Zémilas, carros, cochez, artoz, gentez, toíto lo que m'iba encontrando, ze queaba a mi esparda con una ligeresa que nadie lo creería. En los añoz que tengo, y loz que me queen que pazá en este repajolero mundo, no creo que zufra yo mayore fatiguita que con aquer picó mardesío. ¡Maresita mía, qué móo de urgál... ¿y pa qué, zi cuanto má urgaba, má imposible ze ponía aqueyo?...

Y a tó ezto, ar vé mi jechura y aquer móo de corré moviendo pa un lao y pa otro laz caera con

má gana que una bailaora del Kursal, la gente me tomaba por loco y gritaba: ¡A eze!... ¡a eze!...: ¡etenerlo!... ¡etenerlo!... ¡pero cuarsiquiera me etenia a mí!... Muertesito de faitiga me tiraba ar zuelo a dezcanzá, aunque con aqueya esasone, er dezcanzo era imposible...—¡Compartito e mi arma!;.. ¿jase ozté er favó?..—le desía a un jarriero o cualziquié otro que pazara por mi vera.—¿Z'adelantao er Carnavá, amigo?...—era lo primero que me desían.—¿D'aonde zale ozté jecho eze primó?.. ¡Caye ozté, que ozté no zabe mi ezgrasia!—respondía yo mu trizte, mientras jasía joyo en la tierra poi que aqueyo z'abía convertío en un nío e arañaz—¿Qué le paza? ¿tié ozté perlezía?—Tengo otra coza peó: ¿quí ozté ayuarne?—¡Ayuarle?.. ¿a qué?..—A rascá.—¿A rascá?... ¿aonde?...—Aquí mizmitamente.

Y cuando ze daba cuenta der zitio en que tenía que poné la ayúa, m'atisaba dos patás más negras quer joyín, y zalía e naja mentándome toíta la generasi3n.

Otra ve a corré como un dezezperao, y otra ve la caye de la Amargura; jasta que ayegué a un ventorro der camino, me dí con *varselina* y por fin descanzé ar zétimo día, como si hubiera jecho er Mundo... Pero disiendo laz coza como zon, y la verdá como Nuestro Zeñó manda, han de zabé oztéz que, con er picantiyo, yegué a mi caza tre día ante... ¡Zuerte que tie uno!

Ar cabo, me vide en braso de la zefía Zavaora, manque yeno e porvo, e jambre y e

goria... ¡Oztés no zaben bien lo grande y viztoza que rezurta la plasa de Viyabarquiyo!... ¡Cómo que da a cuatro cayel!... ¡En las cuatro, ponfa yo una jorca pa cá vesino!...

Atraídos por las continuas risas de los que componían la reunión de los sevillanos, los consumidores habían ido aglomerándose en torno de aquellas mesas ocupadas por los acompañantes del festivo narrador. Cuando éste se ocupaba del relato de su accidentadísima historia de Villabarquillo de Abajo, tal fué el escándalo que se armó, que ante el carcajear unánime, los transeuntes se paraban mirando desde la calle por las gigantes cristaleras, curiosos por inquirir la causa de la hilaridad.

Como la algazara continuaba y desde el exterior contemplábase la cara difícil y guasona del «Canela», gran número de los observadores iban invadiendo el local, hasta el extremo de que sólo unos instantes fueron sobrados, para que no quedara un puesto sin ocupar.

«Canela» fué elevando la voz a medida que el público lo iba pidiendo; las consumaciones prodigábanse, y el triunfo crecía de tal suerte, que hubo de llamar la atención del dueño del establecimiento.

Visto el negocio que aquello representaba para él, tuvo una idea que inmediatamente quiso poner en práctica; y en efecto; así que hubo terminado la charla, levantándose la reunión y el «Canela» se dirigía a la calle seguido de sus compatriotas.

y demás señores mejicanos, lo abordó de frente, haciéndole proposiciones que al mozo de estoques le parecieron de rositas.

«Canela» cobraría por dos horas diarias de parloteo chungón, diez pesos fuertes y el gasto que quisiera hacer en lo que respectara a consumaciones propias del establecimiento.

El simpático embustero, no tuvo inconveniente alguno en aceptar el contrato; porque es lo que *el punto* decía: «Café de buten, coñá de buten, puroz flojo y pezos fuerte, zería mu tonto despresiá». Total: ¿qué tenía que hacer?... ¿convertir aquel local en mentidero durante dos horas?... ¿qué era para él mentir dos horas?... ¡Nada!... ¿No había pasado la vida mintiendo sin cobrar dos reales?... ¿Qué más hubiera querido él, que encontrar un café así en cada pueblo, y no perder ripio durante el transcurso de sus cuarenta primaveras?...—¡Ni er rey der *pretóleo!*...—exclamaba «Canela».

Surgía el inconveniente de las salidas que él tenía que hacer con Currito a otras capitales de la República; pero como quiera que de las treinta corridas que tenía contratadas el renombrado diestro, veinte habían de celebrarse en la plaza de Méjico, resultaba que la mayoría del tiempo, tenía que pasarlo en la capital del Estado.

Era un éxito ruidoso el obtenido por «Canela». Había vencido antes que el maestro.

Más hueco que un portugués, volvióse el male-

ta a sus acompañantes para decirles con enfático acento:

—¡Y luego *mermuran* de mí!... ¡Zi el home má grande que jay en la Tierra, é er niño de la zefía Zarvaora!... ¡Zoy un menumento, der que jan puezto la primera piedral!... ¡Olé, mi mare, y olé loz tío con siguiरिकुztransia!...

CAPITULO XII

LA GRAN TARDE

Y llegó por fin el día, como todo en la vida llega. Era aquel en que Currito debutaba en Méjico, para probar toda la verdad de su fama insuperada.

No quiso levantarse aquella mañana. Necesitaba disponer de todas sus facultades, y éstas se conservan con el descanso.

El desayuno había sido frugal. Una copa de leche: sólo una copa de leche es bastante: había que tener el estómago ligero, y de esto cuidaba mucho Currito.

A la una de la tarde, abandonó el lecho; y calzándose unas babuchas, fuese en busca del baño contiguo al dormitorio, para dar comienzo a su aseo.

Apenas cumplido este requisito higiénico, dijo

a su mozo de estoques, que desde una hora antes estaba ocupado en prepararlo todo:—A ver, Canela: toca el timbre y dí ar camarero que me zuba un par de huevo crúo, dó biscocho y una copa de Jeré: pero de Jeré;... ¿oyes?... Le arvier tez ar chavó, que aquí no ze armite monea farza, y que conosemo jasta er cuño de eza monea... ¿Qué hora e?...

—La una y media, maestro: no jay que dez-cuidaze: a laz tre empieza la corría...

—No ze me ha orvidao.

—Ya lo zé.

—Dame un sigarro.

—¿Ande está la pitiyera?

—En er borziyo; ¿ande va a está, mala zom-bra?

—Aquí la tié ozté ya mizmo...

—Venga un misto; pero pronto.

—Ya está ensendío.

—¡Me ziento nerviozo!...

—¿Nerviozo osté, maestro?...

—Yo mismo: ¿qué te parese?;... ¿te eztraña acazo?...

—¡Dale!... ¿Poz no me va a eztrañá ve preocu-pao a Currito Ramire, por está en un día de fae-na?...

—¡Pue no e tan raro como te figural... Tú, arrepara que me encuentro en una tierra que no e la mía: que plasa, bicho, público y tó, ez nuevo pa mí: añade a esto el resibimiento que me ha jecho ezte pueblo, y que loz mejicano ezperan de

mí, cozaz que rezpondan a la fama de que vengo presedío; y zi toíto lo dicho, lo pienzaz bien, veráz que hay motivo pa que no esté uno mu tranquilo, no por lo que ezpone, zino por zì tiene er zanto de esparda y no puez hasé lo que zabez y lo que devez.

—Tó ezo y, ná e lo mizmo. Currito trunfa aquí y en cuarziquier lao: Currito mata toro en Mejico y en Pekin, como er que ze zorbe un güevo... Ya a propósito de güevos: voy a que loz zirvan, acompañaítoz de loz biscocho y er Jeré...

Salió el «Canela», y apenas pasados unos minutos, llamaban a la puerta discretamente para anunciar la llegada del refrigerio pedido por Curro.

—Adelante—exclamó el diestro.

Dejóse ver la encasacada figura del camarero, conduciendo en magnífica bandeja de plata el frugalísimo yantar del sevillano.

El sirviente pidió permiso para retirarse.

—Ezpera un momentito y te yevaz ezto:... ¿quiere?...

—Como el señor me ordene:—contestó el camarero inclinándose ceremonioso.

Currito partió los huevos, vaciándolos en una copa de finísimo cristal; y una vez bien batidos con la cucharilla, les dió entrada en su estómago, así como al «Lágrima Christi» que le fué servido. En menos que se dice, dió cuenta de los bizcochos tiernos y apetitosos, y enjuagándose la boca encendió un veguero.

Así que hubo abandonado la estancia el sirviente del Hotel, de nuevo entró el mozo de estoques.

—¡Vivo, «Canela!»: vamo prontito: Ya zabez que me guztan laz coza muy bien hechaz, y bien hechas no puen zalí, cuando se hasen de ligero.

Desde aquel momento, Currito se convirtió en autómata, y dejó a la iniciativa del fiel servidor, el aliño de su persona.

—¡Laz vendaz!

—Aquí están: venga er pie erecho;... ¡ajajá!...: el otro ajora;... ¡azi!... Vamo a loz carsone e punto...: ¡mu bien!...; ¡han queao zin jasé una arruga!... La pierna isquierda...: ¡ya está!... A la ercha le toca, zi no me equívoco...: ¡erselentel...: zan queao que ni e sera.

Sobre las medias gruesas de purísimo hilo albarino, «Canela» colocó las de rica seda de color de carne.

—¿Están bien por toas parte, niño?

—¡Máz pegá, que la pie ar cuerpo!

—¡Está muy ridículo un torero mal apañao...

—¡Ni laz monja, vestirían mejó ar Crizto e la Zangre!...

—¡Lagarto!... ¡Lagarto!...: ¡mala pata!...

—¡Mala pata!,... ¿poiqué?...

—¡Haz mentao la zangre, mal angel!...

—¡Pero la zangre der Nasareno!...

—¡Como ar Nasareno te vea yo enclavao, zi vuelve a repetí palabra de mal agüero!...

—¡Asofao me vea, zi güervo a mentá tanto

azín!... Y el «Canela» señalaba la primera falange del dedo meñique.

—Venga ya mizmo la taleguiya...

—Aquí está.

—Blanca y oro: ¡blanca como zus clavele; oro como el mantón con que envuelve zu cuerpo de Diosa!...

—¿Ya estamos azina, maestro?

—¡Loz tirante, pronto!

—¡De pie quieo yo ve a loz homel!...

—Antes ponme laz sapatiya.

—Míztelaz puezta.

—Ahora loz tirante: ¡a vé zi loz zujeta bien!

—Ezte, primero: ¡ya está...: ¡no cabe con má primó!...

—¡Meno hablá y má hasé!

—¿Se puede? —se oyó preguntar desde el corredor.

—Adelante, zeñó Araujo:—contestó Currito.

El nombrado, con el señor Megías y otros amigos más, penetraron en la estancia, ávidos de conocer los pormenores de esos supremos momentos, en que el diestro da sus últimos toques para acudir a la plaza.

—¿Me perdonan uztede el que yo loz resiba en manga e camiza?...

—Es usted el que debe perdonarnos, porque hayamos venido a interrumpir...

—Uztede zon los amoz de ezta habitación, y no digo de la caza, porque no tengo que vé en eya.

—Muchas gracias, señor Ramírez: usted no se

preocupe; haga caso omiso de nosotros, y puede continuar como si estuviera solo.

—Agradesco mucho la atención de usted. Yo voy a ve zi termino, pue ze aprorzima la hora, y er público no entiende de corteziaz. ZíentENZE por ande mejó lez venga en ganaz; yo, con permiso voy a ponerme laz prenda que me fartan: tú, «Canela»; er chaleco: ¿por dónde para er chaleco?...

—En míz mano enzegufa...

—¡Venga ya!

—Loz brazo...: uno..! ya está..! El otro...: ¡azín!...

—Centra má el ezcote:... ¡bien!...

—Un chaleco pegao ar cuerpo, como er tira-pié de mi probesito pare ze pegaba a mi ezparda.

—Arréglame er pelo.

—Er pelo ze arregla en ziya; lo mismo que quebraba er «Gordito» zus güeno pare.

—Mucho ojo, y aprizita; ya eztoy zentao.

«Canela», peine en mano y con más arte que el peluquero más pulcro y puesto en modá, hizo primores en el tocado de Currito, y sobre todo, al trenzar con maña el coletudo apéndice.

—No conosí a eze Narsiso de que jablan laz gente: ¿pero que Narsiso tragaba quina ar laito e Curro?... ¡ezzo é un viejo!...

Los amigos del espada, reían a más y mejor escuchando las ocurrencias del maleta.

—La chaquetiya: venga ya mizmo la chaquetiya, y déjate de chirigotas: guárdalas par café,

que luego te han de hasé farta cuando te ze vaya acabando el repertorio.

—¿Ozté no zabe maestro, que yo zoy pa ezo un torniyo zin fin?...

—¡La chaquetiya, home!... ¡no hagas que descabese yo er torniyo!...

—¡Por Dió, maestro: no jaga ozté eza ezabarisión!... Aquí están ya los zeí kilo de zea y oro. Vamo con eyos... ¡jazí!: mu bien; pero que mu bien:... ¡mi mare!: za queao en er cuerpo, como una *corcomonía!*...

—¿Qué hora ez, zefiozez?—preguntó Curríto.

—Las dos y media en punto:—contestó el señor Megías.

—El auto ya debe estar en la puerta:—añadió el señor Araujo.

—Vamo, cuando uztede quieran.

—Nosotros estamos a su disposición.

—Mi montera, niño.

—De riso finito, como er tersiopelo. Aquí está.

—Mi capote.

—De roza, como loz arrebole zeviyano: de oro. como los clavelone de laz jembra macarena.

Curríto se caló la montera; colgó de su hombro izquierdo aquél capote de paseo que era una maravilla, y seguido de sus amigos salió de la habitación. En los corredores, en la escalera y en el zaguán, agrupábanse los hospedados ávidos de saludar al diestro, y éste agradeció las demostraciones de simpatías, correspondiendo cortesmente a los saludos de todos.

Una exclamación de entusiasmo profirió el público que en la calle aguardaba la salida del espada, cuando éste dejóse ver deslumbrante en la puerta del Hotel.

Un gentío inmenso y heterogéneo, rodeó al torero famoso, costando gran trabajo lograr que Currito llegara hasta el auto que había de conducirle a la plaza.

Aquél joven todo gracia, virilidad, belleza, electrizaba a los mozos que a gran honor tenían el estrechar la mano prodigiosa que tan denodadamente daba fin de la temida fiera.

¡Hermoso es el español!—decían ellas...

Ahí vá el que sugestiona por su arte y su valor: añadían ellos...

Currito disimulaba el entusiasmo que en él producían tales alabanzas, cuando en realidad no se hubiera cambiado en aquellos momentos, ni por el más poderoso monarca de la Tierra.

Partió el auto por fin, y en pos de él fueron muchas ilusiones, muchos entusiasmos y pudiéramos decir que muchos pesares nacidos de sensibles corazones que apenas sugerida la exaltación y fogosidad del ánimo, sentían las imposibilidades de la ilusión.

El patio de caballos por donde había de entrar Currito a la plaza, estaba de bote en bote.

Ese mosconeo propio de los sitios donde se congregan las multitudes, zumbaba en aquel lugar de conjunto abigarrado.

El traje impecable de los hijos de la Capital, contrastaba con el típico indumento de los gauchos, con sus pantalones de campana disforme y abierta, adornada por grandes hileras de botones y festoneos charros; con sus sombreros de copa cónica y gigante, de alas disparatadas como paraguas de familia; con sus rojos pañuelos de seda ceñidos al cuello despergeñadamente; con su camisa burda y agitanada; con su faja enroscándose al cuerpo como crótalo rugoso y carnicero; con su color de soconusco; con sus narices aplastadas; con boca de gruesos labios como herida de desjuarrete; con ojos de fendiente brillo, negros como etíopes; con pelo grifo y áspero a semejanza de sus roquedos, dando al cuadro una diversidad digna de estudio, y motivo de apunte brioso para el original de un pincel diestro.

Se oye de pronto ronco bocineo de automóviles que se avecinan, y el público se mueve con inusitacione de momento: parece como avanzada de un cuerpo de Ejército que acabara de oír el toque de marcha. El rodar de las máquinas se escucha menos distante, y al fin las puertas se abren para dar paso a los que conducen a Currito y su cuadrilla, acompañados de amigos y admiradores.

Descienden de los autos, y el coloso sevillano se ve rodeado de aquel público impaciente que apenas si le permite avanzar un solo paso.

Las manos se prodigan ansiosas, las frases

salen de los labios con toda la fuerza que presta el entusiasmo, y Currito, siempre sonriente, afable, cariñoso, se esfuerza para corresponder con reciprocidad justa a tanto halago.

La entrada, un lleno disparatado: inútil empeño sería el de procurar la colocación de un solo espectador más.

Era la gran tarde: el extraordinario acontecimiento taurino: el debut del formidable torero español.

Las entradas se habían pagado a precios fabulosos: miles de criaturas quedáronse sin poder asistir a la corrida, y tan decidido era el deseo que el famoso matador había hecho despertar en los mejicanos, que los que no lograron billete, produjeron tal escándalo, que fué preciso la intervención de la fuerza armada para calmar los ánimos y hacer que entraran en razón.

Los descontentos, no querían reconocer la inculpabilidad de la empresa, ya que ésta no pudo hacer más que admitir dos mil almas de exceso sobre el aforo de la plaza. Se habría necesitado doble coso, para dar colocación a todos los que acudieron al espectáculo.

Doce mil pesos por corrida, cobraba el sevillano: ¿pero qué significaba tal suma, cuando su nombre hacía verter el oro a torrentes en los cajones de las taquillas?...

La animación en todos los rostros; los juicios en todos los labios, en los ojos la alegría y la fe

en los corazones: este era el público que en informe masa humana, apiñábase sobre el amplio graderío del anfiteatro.

El Jefe de Estado, presidía la corrida.

Puede asegurarse, y así lo afirmaba la afición, que jamás se produjo un entusiasmo igual, por presenciar la lidia de reses bravas.

El griterío era ensordecedor; aquel océano de carne, hacía imponente. La alegría se desbordaba como arroyo sin dique, por la seguridad de presenciar aquella tarde inolvidable, cosas maravillosas.

Seis toros de Piedras Negras, para Currito Ramírez: ¡sólo para Currol! ¡Toda una corrida para el prodigioso sevillano!... Había que dar facilidades, para que el público tuviera tiempo de paladear el incopiable arte del debutante. ¡Seis toros!... ¡Que de cosas iban a verse!...

.....
La música atacó las valientes notas del pasodoble «Currito»; del pasodoble español, gitano, torero, dedicado al *ídolo*, cuya sangre hervía al escuchar las notas emocionantes que hacíanle más fiero el corazón.

El Presidente, apareció en su palco: una nutrida salva de aplausos acogió la llegada del primer Magistrado de la República, y el público en pie lo aclamó.

Bajo el pórtico de salida, los lidiadores ceñíanse los capotes de paseo, enhestaban sus figuras, ajustaban las monteras, requisábanse los unos a

los otros, para asegurarse de que no había defecto en la colocación de la primorosa indumentaria: después opresiones de manos, postreros saludos, caras serias de los amigos que hasta momentos antes sonrieron, y por último, ese obligado «buena suerte» que labios afectos repiten bajo la bóveda precursora del triunfo a veces, a veces antesala de la eterna vida.

¡Preparáos!...—dijo Curro a su gente.

Y surgió la señal:

Un gaucho de prodigiosa agilidad cruzó el ruedo con alardes de hípica, haciendo saltar a su caballo como macho cabrío, como potro cerril, no concibiéndose cómo aquel hombre pueda mantenerse erguido sobre la silla, para darse a conocer como jinete consagrado. Después del saludo a la presidencia, hace que retroceda con idéntica destreza y bríos al descompuesto animal, llevándolo de nuevo hasta el portón de salida donde le obliga con la espuela, caracoleando el bruto, y dejándolo parado después, con una docilidad en la que, momentos antes nadie creyera.

¡Vamos!...—dijo Curro volviéndose a los suyos. Y la cuadrilla, salió a la arena.

Imposible describir el entusiasmo de la multitud enfebrecida.

El sevillano avanzando al frente de sus peones; bañado por los abrasadores rayos del Sol pampero que al herir con sus cegadoras luminarias el oro que cubre la purísima delineación del diestro, envuélvenlo en deslumbres de incendia-

rias llamaradas, haciéndolo aparecer como escultura animada, como ídolo pagano salido de un hipogeo para mostrarse a las gentes entre el vistoso cortejo de sus gentiles, y escoltado por jinetes de brillos acéreos.

Aquella figura magistral, aureolada por halos que emanan del aurífero rielar de su indumento; aquella figura donairosa, avanzando como fugitiva de un país de ensueños, sugestionada desde los primeros instantes, hasta el extremo de que el público, de pie, tributa al valiente lidiador una indescriptible ovación.

Curruto, montera en mano, saluda emocionado, correspondiendo de esta suerte al entusiasmo de la afición mejicana.

Llegada la cuadrilla ante el palco del Presidente, se inclina en profunda reverencia, y deshecha la formación, cambian la seda por el percal, como dicen los revisteros, y cada uno ocupa su puesto.

Cayó la llave, la recogió el gaucho y llevándola al encargado del chiquero, cruzó como centauro el redondel, para desaparecer por la puerta de arrastre no sin antes cosechar muchos aplausos merecidos.

Se hizo el silencio más profundo. Desde el exterior, nadie hubiera dicho que estaba la plaza rebosante de un público ansioso.

La emoción hizo que enmudecieran los labios.

Sonó el clarín, la puerta del toril quedó abierta, y segundos después salía a la arena el primero de «Piedras Negras».

Zaino, buen mozo, bien puesto de defensas, y con muchos pies a pesar del exceso de libras que había hecho en el *Rancho*.

«Matute» y «Brazo Duro» estaban de tanda.

Salió a los medios Currito: parecía como que el público no se atreviera a respirar por si ésto le hacía perder detalle.

Erguido, gallardo, emocionante, el sevillano alegró al toro con serenidad y valentía, acudiéndole la res codiciosa, brava, con ánsias de recoger y cornear.

¿Qué pasaba?... ¿qué era aquello?...

La muchedumbre sobrecogida, admirada, inquiridora, mostrábase pendiente del lidiador.

Currito movía el capote esquivando las feroces acometidas, sin que la tranquilidad le abandonara un solo instante; sin que la sonrisa desapareciera de sus labios; sin que su cuerpo se despegara de la cabeza del toro. Metido; materialmente metido en la cuna, entregábase a la fiera que no obstante se veía burlada sin que nadie se explicara cómo aquellas astas que brujuleaban por entre los brilladores caireles de la chaquetilla, no lograban enganchar al burlador. La cadera del macareno rozaba el pelo de los costillares, sin que los pies necesitaran moverse para que Curro evitara el hachazo mortal.

Los brazos, el toreo de brazos, ese toreo castizo, verdad, supremo, que tanto seduce y entusiasmo, y que tan poco se cuida hoy de él, era el que mantenía al toro en su terreno, sin que jamás

lograra meterse en el del diestro. Hubo momentos en los que el sevillano y la fiera parecían figuras de un mismo grupo escultórico, de un mismo bloque, del que el artista se valiera para dar vida a la irracional fiereza indómita, y del hombre, el poder dominador.

Verónicas insuperables, recortes ceñidísimos, lances inverosímiles, y al fin, el rendimiento del toro, jadeante, entregado, vencido; con espumaraños en sus abiertos belfos, inyectados en sangre sus feroces ojos y rugiendo de ira al sentirse impotente ante aquella figurita provocativa siempre, siempre invencible, que aún tuvo valor para asirlo por un cuerno con la siniestra mano, mientras con la otra mantenía triunfador aquel capote que descansaba sobre la cálida arena, después de triunfar de la prepotente resistencia y acometividad del feroz bovino.

La ovación se hizo inenarrable. Aquel trabajo colmaba los más inverosímiles anhelos, las más risueñas esperanzas, las más fantasmagóricas suposiciones.

Así que el de «Piedras Negras» se hubo refrescado un poco, los peones entraron en juego, llevándolo hasta los de a caballo, que picaron en todo lo alto, dando descomunales tumbos que fueron otras tantas ocasiones en que Currifto probara todo su valer, llevando al público a la locura.

El clarín anunció cambio de suerte; y los palos que empuñaba el «Niño de Triana», pasan a manos del hijo de «La Campanera».

Soltó el capote, ordenando a los peones que le llevaran el toro a los medios; y cuando ya lo tuvo en suerte, citó temerario quebrando a cuerpo limpio, sin querer clavar; de nuevo desafió; y cuando la fiera llegaba hasta él en bárbara acometida, dejóla parada con sólo un grito que pareció un mandato. El toro, cuadrado a un metro del diestro, mirábalo atento, como extrañándole tanta osadía: entonces Currito, apoyando los palos en el testuz, obligóle a la arrancada para recortarlo con igual destreza y arte, que si hubiera tenido el capote en sus manos.

El público, aplaudía frenético.

Se había entablerado la res; fué a tirarle el capote «Penitas», y...

—¡Quieto!—gritó Curro—¡Tor mundo fueral...

Fuese paso atrás, levantando los brazos para llamar la atención del toro y dejarlo en suerte. Llegado que hubo al terreno debido, cuadró, alegrando al bicho que habíase quedado junto a la valla, pareciendo imposible que por tan estrecho espacio cupiera el cuerpo de un hombre. Currito cita a su enemigo, y marchando hacia él con paso reposado, con ese paso que seduce, previene y emociona, apretó los pies de pronto, y con el... ¡aaaaahl... ¡torooooo!... de los lidiadores, obligóle a que aceptara el reto, dando la fiera terrible embestida para llegar a la reunión y colarse el diestro por donde sólo él pudo evitar el encontronazo. Un grito de angustia resonó en la plaza, entre tanto que el temerario sevillano, el for-

midable pareador, ejecutaba la suerte con tal virilidad y limpieza, que al salirse de la cabeza del bicho, éste llevóse caireles de oro y dos palos enhjestos que no lograba tender sobre el morrillo por más saltos que daba la iracunda bestia.

Nuevas proezas para tres pares más; el último, previo permiso de la Presidencia, y al dar fin el segundo tercio, la plaza habíase convertido en una casa de salud, donde el vocerío apagaba el aplauso y el aplauso apagaba el vocerío.

Y llegó la hora de la suerte suprema. Currito apoderóse de los avíos de matar que le entregara el «Canela», y dirigiéndose al palco presidencial brindó por el Jefe del Estado, y después, desde los medios, por Méjico.

Una vez más se hizo el silencio.

Avanzó el sevillano en busca del de «Piedras Negras», haciendo que se retirara toda la gente.

Con la muleta plegada y el estoque en la diestra, cuadró ante la cabeza de la res. Ésta que había estado fija en aquella figurita que se le iba encima desafiadora, la dejó llegar, y en cuanto la tuvo cerca, arremetióle con poder desconcertador.

El brazo izquierdo; sólo el brazo izquierdo separóse del cuerpo de Currito para dar un escalofriante pase de pecho a muleta plegada. El sevillano sacó al bicho, sin descomponer ni un instante su gallarda figura, que parecía como clavada en la abrasadora arena del circo.

Desde aquel momento, la emocionante faena

de Currito puso al público de pie. Pases de todas marcas, dados con la destreza y valentía propias de aquel torero estupendo, colmaron de entusiasmo a los mejicanos.

Sentado sobre el estribo, dió tres pases de pecho electrizantes: rodilla en tierra siguió pasando por naturales y cambiados, quedando asido de los cuernos cada vez que salía de la suerte.

Tres veces se perfiló para matar, y otras tantas le pidió el público que siguiera toreando.

Por fin, llegada la hora de la verdad, Currito cuadra en la cabeza, levanta el brazo derecho, y metiendo el pie con un derroche de corazón y arte, cita a recibir y consuma la suerte dejándose caer en el morrillo hasta llegar con la mano al pelo. Fué una estocada de efecto fulminante; el de «Piedras Negras» salió rodado, cayendo con las patas en alto y el lomo en el suelo.

El clamor se hizo indescriptible; el ruedo fué invadido por muchos aficionados que apoderándose del diestro lo pasearon en triunfo. Desde los palcos caían los prendidos de flores que adornaban el pecho de las bellas, y un momento inenarrable culminó todas las extralimitaciones del entusiasmo.

El triunfo de Currito rebasaba los límites de lo conocido, si bien es cierto que hasta entonces no se había imaginado nadie que hubiera posibilidad de realizar los hechos propios del inverosímil arte de aquel niño prodigio.

No se podría decir en cuál de los seis toros estuvo más colosal.

Al dar fin a la corrida, el público lanzóse al ruedo; y apoderándose del que había logrado suggestionarle, hízolo salir por la puerta grande que resultó chica, para dar paso al proceloso mar de carne que se vertía arrollador tras del ídolo consagrado.

Los vítores, las aclamaciones, los aplausos no cesaban un sólo momento, y en sus delirantes expansiones, la muchedumbre llegó a vitorear a los empresarios, que llenos de satisfacción, correspondían al testimonio de gratitud que les era dispensado.

Araujo y Megías, obtuvieron el más ruidoso éxito.

Desde aquella tarde inolvidable, no hubo más que un nombre en Méjico, que repitieran con incontenido ardor todos los labios:

¡Currito!...



CAPÍTULO XIII

NOTICIA FUNESTA

Veinte corridas llevaba ya toreadas en la República el ídolo de María del Carmen, y dos meses de convivir con los mejicanos.

Currito había llegado a los más esplendorosos días de gloria. Todos los periódicos del Estado ocupaban columnas enteras para dar publicidad a las proezas del coloso, a sus éxitos formidables, y aquellas editoriales comunicaban a España las grandes victorias de su mejor torero.

Mas como quiera que no puede haber felicidad completa en la vida, ocurrió que cuando el afortunado lidiador hallábase más satisfecho y complacido pensando en que los inmarcesibles laureles de sus ruidosos triunfos, pronto pondríalos a los pies de la que para él constituía la jornada

más gloriosa, el cartero puso en manos del jefe del Hotel, éste en manos del «Canela», y el «Canela» en manos del maestro, una carta que acababa de recibirse de España con el matasellos de Sevilla.

—¡De eya!;... ¡de eya!;...—decía Currito—¡de mi María del Carmen!;... ¡con cuánta anziedá la ezperaba!... ¡Zí!;... ¡claro!;... ezta é, en contes-tasión a la que yo le escribí, apena yegao a tierra americana:... ¡digo!...: ¡dó meze pa resibí letra zuya!...: ¡una eterniá!... ¡Cuánto dezeo volvé a la Patria!... ¡La Patria, con zu sielo e zea, zu ambiente y zu zá!... Ayí mi tierra incomparable: mi maresita zanta; mi María con... ¿con qué voy a desí?... ¡con miz ilusione, con miz ezperansa, con mi arma toíta!... ¡Qué gana tengo de escuchá zu vó; zu vó alegre como er repique de laz cam-pana de eza torre famoza que tanto nombre ha dao a la Zeviya de miz amore; a mi Zeviya gita-nal... ¡Pero, cáyate ya Currito!... ¿ande vá a pará, home?;... ¿no vé que ezta carta ezpera?...

Y después de tan naturales desahogos, que calmaban en parte los nostálgicos efectos del apartamiento doloroso de la tierra, Currito ras-gó el sobre con mano trémula, y extrayendo de él un pequeño pliego escrito con letra diminuta y líneas tortuosas, sus ojos ávidos devoraron aquellos renglones con la ansiedad que el ham-briento deglute los manjares.

De pronto la faz del torero se puso densa-mente pálida; pálida, sí: como la naciente luz de

una aurora invernal; como el blandón funerario; como el palor cadavérico.

¿Qué era lo que había en aquel escrito para que éste causara tan honda impresión en el ánimo del mozo?... Veamos. La carta decía así:

«Curro: Sé que voy a causarte un gran dolor; sé que ha de sorprenderte mi resolución; sé que me has de maldecir, por creer que te he engañado. ¡Qué mal harás si así procedes!...

»Precisamente por no engañarte, por llegar a tiempo de remediar un daño y salvar dos almas, te escribo con toda la pena de la que hartó sabe el mal que te causa.

»Fuí ligera al aceptar tus relaciones; y fuí ligera, por suponer que el afecto sincero que siento por tí, es cuanto se necesitaba para llegar al matrimonio haciendo a un hombre feliz.

»Y he conocido el error mío.

»Ha pasado el tiempo; él me obliga a comprender que mi amor, no es el amor que tú ambicionas, ni el que a mí como mujer puede hacerme dichosa. Es cruel expresarme de este modo; pero la felicidad de ambos lo determina así.

»Juré quererte, y no he faltado a mi juramento; sólo que el cariño que has conseguido inspirarme, no es el cariño a que aspiran los amantes, si no ese otro desinteresado y puro que sienten los hermanos.

»Tuve miedo al pensar en el error que había sufrido; y tuve miedo, por si acaso tú guardabas tan hondo mi querer, que fuera espina hiriente

para tu corazón. He vacilado mucho antes de escribir esta carta, pensando en si ella te pudiera ahogar en un mar de pesares; pero obstinarse en el silencio en cosa tan seria como es la felicidad de ambos, hubiera resultado mucho más cruel.

»Me has de tratar de egoísta; pero aun corriendo el riesgo de tu condenación, creo que es más humano decirte toda la verdad, por amarga que la verdad sea, antes que usar de fingimientos que ni son honrados, ni pueden dar otros frutos que los de la perdición tuya y mía.

»He conocido a un hombre, y sé que este hombre me ha de hacer feliz: el matrimonio contigo, sería un martirio. ¿Cómo habías de permitir, tú tan bueno, que yo me sacrificara toda la vida?...

»Tú puedes encontrar a otra mujer con más prendas que yo, y que merezca todas las venturas que tu honradez y tus virtudes son capaces de ofrecer a quien tenga la suerte de ser sensible a tu cariño; a ese cariño que yo no he sabido despertar en favor tuyo.

»Quiero decírtelo todo. Me caso mañana. Cuando tú vengas de nuevo a Sevilla, seré la esposa del hombre que Dios y mis aspiraciones, han hecho dueño de mi destino.

»Si acaso te infero dolor, o si mi ventura te ofende acaso, perdona, Curro, y cuenta con que siempre tendrás en mí una hermana sincera, que ha de dedicarte todo su cariño santo.

MARÍA DEL CARMEN.»

Si el infierno del Dante se hubiera abierto a sus pies, no habría recibido Curro una impresión más honda que la que le produjo la lectura de aquel escrito.

—No quiero creé en lo que leo, y zin embargo, eztá mu claro, tremendamente claro toíto ezto: «Me cazo mañana: cuando tú vengas de nuevo a Zeviya, zeré la ezpoza del hombre que Dió y miz azpirasione, han hecho dueño de mi deztino».

Una nube de sangre cegaba al valiente diestro. Crispó los puños con desesperación; fueron a proferir sus labios un insulto, y se arrepintió. Lágrimas rebeldes asomaron a sus ojos, pero él las deshizo con las yemas de los dedos, antes de que pudieran rodar por las mejillas.

—¡Quietas ahí: no haserme traisión malditas! —decía el dolorido sevillano.— ¡No ez tiempo e yorá, zi no de imponé castigo a loz culpable!... ¡Pero no:—argumentaba enseguida—no hay arsión ruín en na de lo que ezcribe María der Carmen!... ¡María der Carmen!...: ¡mi María!... ¡zu María! zí: ¡la María de él!: ¡de eze desconosío rivá, a quien odio con toíto mi corasón!... ¡Oh, con cuántu guzto buzcaría con mi cuchiyu lo má jondo de su entraña perra!...: ¿Pa qué?... zí: ¿pa qué?... E ná zerviría: ya lo dise eya: «eze ez el hombre que Dió y miz azpirasione lo han hecho dueño de mi deztino»... ¡Mardita zea!... ¿Pero qué digo?...: ¡eztoy loco! Eya; eya no tiene curpa alguna. Argo horrible, argo odiozo, argo que yo

ziento y no pueo adiviná, ze ha interpuezio entre loz dó...

Er deztino; eze cruel deztino que noz presipita por la penoza pendiente e la desgrasia o noz remonta hazta ayá arribita e la dicha, é er curpable...

Ze engañó; zí: ze engañó, y zin queré, me hiso víctima de eze mizmo engaño. Creyó que el afecto sinsero que zentía por mí, era tosto quanto ze neseditaba pa hasé a un hombre dichozo, y no é ezo. ¡Tiene rasón!...: ¡no é ezo!... ¿Me conformaré a perderla?... No. Iré a Ezpaña, la veré, me arrodiyaré a zuz planta, y miz zúplica y miz dolore y miz anhelo la venserán, y lograré que zea mía... ¿Qué eztoy disiendo? ¡Dezvarío: zí, zí; dezvarío!... ¡A Ezpaña!...: ¡ir a Ezpaña!...: ¿a qué?... ¿Pueo ya evitá lo inevitable?... ¡Cuando yo yegue a Ezpaña, eya, María der Carmen, zerá de otro: de otro la mujé por la que yo luchaba, por la que yo vivía, por la que yo he arrancao gloria, riqueza y entuziazmo en dezaffo con la muerte, y no he lograo de eya el premio de tanto zacrisio...: ¡dezgrasiaíto amó! ¡Er corasón de eza mujé é má duro, que er de ezas fiera que yo provoco, burlo y venso!

Quiera Dió que cuando yegue de nuevo la Zemana Grande; eza Zemana Grande que me abrió laz puerta der sielo pa que miz iluzione entraran por eyas, María; eza María que ya é de otro, cuando váya der braso de ese mardesío que deja apagaoz toítoz loz rezplandore e mi vía;

y zé que mirando a la Macarena; a eza amadízi-
ma Virgen de la Ezperansa ante la que juró que-
rerme y ante la que juré adorarla, zufra toítoz loz
tormento, toítaz laz amargura que yo eztoy pa-
zando pa tené que morí ezezperaíto!...

¡Qué bárbaro é el egoízmolo!... ¡Que zufra eya?...;
¿y por qué?...: ¿no me ha dicho la verdá?...; ¿no
ma ezcrito en consiensia?... Zi ze equivocó; zi
ze figuraba que zu queré era capá de dá ali-
mento a laz pazione, y ar fin ze ha convensío
de que no yega er fruto a tanto... ¿qué curpa tie-
ne eya?...: ¿no me ha confezao claramente zu
zenti?...: pue entonse, ¿qué rasón tengo yo pa ale-
grarme que eya zufra?... Me quiere: dise que me
quiere, cómo ze quiere a un hermano. No é eze er
cariño que yo ambisionaba; pero tampoco la am-
bisión pué obligarme a que yo, por ze felí, labre
en cambio zu desgrasia...

¡María!... ¡María!... ¡No zé zi lo que ziento en
mi pecho éz odio, o ez er mordío del doló!...
Una vírtima hase farta: ¡zé noble Curro! Una vír-
tima hase farta, y eza vírtima debe zé el hom-
bre... ¿Eya ez mi hermana dise?... ¡Pué que gose
mi hermana, que yo dezde hoy, penzaré que ye-
gue cuanto ante eze despozorio que da fin en
la tierra con dezdicha y pezare!...

¡Qué me paza!...: ¡ziento rufo!; ¡mucho rufo en
mi cabeza!; ¡arde mi frente!...: ¿qué ez ezto?...:
¿iré a vorverme loco?...

Curríto se arrojó sobre el lecho presa de una
convulsión.

Entró «Canela» quedándose sobrecogido. La fiebre enrojecía el rostro del maestro, y el frío de la calentura hacía estremecer aquel cuerpo abandonado y rendido.

Avisó el leal sirviente a todos los individuos de la cuadrilla, y momentos después entraban en el hotel con la premura que el caso requería. Al ver a Currito en tal estado, se dió cuenta a la Empresa, la Empresa avisó a los más afamados doctores, y éstos convinieron en que lo sucedido a Currito, era hijo de una fuerte impresión recibida. Había que dejar al enfermo en completo reposo, hasta que ellos volvieran más tarde.

En el suelo había quedado el testimonio de lo sucedido al mozo, y de este testimonio hubo de apoderarse «Pinturas». Después de repasarlo, dirigióse a sus compañeros, y mostrándoles la carta les dijo:

—¡Esto lo explica tó!...: ¡también ajora juboneya!... ¡Mardita zeal!...

Aquel escrito, fué depositado en el cajón de la mesilla de noche.

Cuando la aurora clareaba, cedió la fiebre y Currito abrió los ojos mirando como extrañado a sus compañeros.

—¿Qué paza?...

—¡Pue ezo e, que no paza ná!—respondióle el «Niño de Triana».

—¿Por qué eztái aquí entonse?...

—Aquí eztamo—añadió «Penitas»—poique za puesio ozté de pronto echaiyo a perdé: nos avizó

er «Canela»; vinimo tóoz; vino la Empresa; ze puzo en movimiento el Hote, acudieron meicoz, y afortunadamente, mucho ruío y poca nuese como luego disen...

—¿Y lo zeñore Araujo y Megía, desí que?...

—Que ajora mizmito gorverán de nuevo:— objetó «Pinturas»;—que han fo a yevá con lo auto a loz dotore, y que toa la noche la han pazaito azina: unoz vienen y otroz van...

—¿Y pa qué tó eze jaleo?...

—¿Cómo que pa qué, maeztro?— objetó «Brazo Duro». —¿Íbamo a dejá azté má encendío que un pimiento morrón y zin zabé qué jasé naide?...

—¡Pero zi ezto no ha zío ná!: ¿a qué habéi armao to er negocio?...

—¡Que no é na, lo zabemo ajora!:—añadió «Canela»:—pero no lo zabíamo endenante.

Entraron en esto los empresarios, y al ver a Currito conversar con su gente, recibieron gratísima impresión.

—¡Gracias a Dios, señor Ramírez!:—decía el intrigado Araujo.

—¡Vaya un sustito que nos ha dado!;—añadió el afligido Megías.

—Pue no zaben oztez lo que lo ziento; pero er culpable de tó ezte eztropisio ha zío er dichozo «Canelita», que como ez tan ezagerao, hase ver rizcos, donde zólo hay arena.

—Hizo bien: las cosas a tiempo, tienen fácil remedio.

Todavía pasaron hablando algunos momentos,

hasta que Currito, viendo que penetraban ya los rayos del sol por los ventanales de la estancia, hizo que los empresarios y su cuadrilla se retiraran en busca del descanso, ya que andarían muy necesitados de él, después de una noche pasada en vela y en continuo movimiento.

Por fin accedieron a fuerza de muchos ruegos, y sólo «Canela» quedó al cuidado del hijo de Rosarito, sin separarse de la cabecera ni un sólo instante.

Los seis días que estuvo en cama Curro, fué el Hotel un jubileo. Toda la capital, pudiéramos decir, sin distinción de clases ni de categorías, pasaron por él, dejando tarjeta.

Fué el mayor testimonio de afecto que recibió el diestro, y el hecho más fehaciente para probar a qué altura había llegado el entusiasmo de los mejicanos por nuestro compatriota.

Al cabo de una semana, se levantó el enfermo y pudo hacer ya su vida ordinaria; sin que esto quiera decir, que su constante dolor, no dejara huellas en su rostro de mártir resignado.

Y fuéronse cumpliendo los compromisos de Currito, y aproximándose el instante de su retorno a España.

Un día—ya no quiso esperar más—pidió papel y recado de escribir, y después de realizar el más supremo esfuerzo, dejó correr la pluma contestando a la carta de María del Carmen en los siguientes términos:

«María: Recibí tu carta, y no sabría explicarte nunca cuan honda fué la sensación que ella me hizo sentir.

«Haces bien en confesar el bien que te haces con tu decisión que ha de constituir tu felicidad, y acaso mi desgracia. No te importen ni hagas caso de mis presentimientos, ya que son nacidos de un corazón que sufre mucho.

«Si el perderte fuera por no saber ganarte, cuenta que no serías para otro, si no para mí: pero como eres tú la que ansías el cambio de hombre porque yo no he logrado descifrar el misterio de cómo pudiera hacerte feliz, me resigno a que *él* se adueñe de todo cuanto yo, por mi desgracia, había soñado hacer mío, ya que en ello cifra la felicidad de tu vida. Quédame solo el consuelo de haberte rendido mi corazón, con toda la lealtad del que ama mucho y después de amar mucho, lleva un pensamiento noble.

«Mi vida la habría jugado mil veces por disputar a un rival una sola mirada tuya; pero persuadido de que esa mirada constituye la dicha de tu vivir, sufro y callo, deseándote las infinitas venturas que yo me prometía junto a tí.

«Te agradezco el consuelo que me ofreces, brindándome tu cariño fraternal que aproxima al hermano y repudia al hombre.

«Si crees que con el sacrificio de mi existencia puedo darte una hora más de esa felicidad que tú te auguras, cuenta que no vacilaré en sacrificártela.

«No olvides al que solo aspira ya a tu recuerdo desinteresado, y afirma que tanto como yo, no te quiso, ni te quiere, ni te querrá nadie.

«Sé dichosa: tan dichosa como ansía verte siempre

CURRO.»

Puso el sobre, cerró la carta y hacia España fueron rotas sus ilusiones, en rebosante copa de amarguras.

.....
Quedó por fin cumplido el contrato de Currito en Méjico.

Retornaba el ídolo a su Patria, dejando un vacío inmenso en el ánimo de los buenos aficionados de aquella República.

Tres meses de convivencia íntima, habían despertado un afecto ciego por parte de los descendientes de los Toltecas en favor del garrido sevillano, que tan bien puesto dejaba el pabellón de la tierruca y tan alto el Arte que representa nuestra afición favorita.

Treinta corridas a doce mil pesos oro, constituían un gran negocio para Currito: ¿pero qué valor tienen las radiosidades de la numisma, sus atractivos, sus seducciones, cuando sufre el corazón, mueren los anhelos y se rinde el alma?...

¡El retorno; el soñado retorno a la Patria!... ¿qué le importaba lo demás, si todo para él era vacío, quietud, desengaño, muerte?...

No: no era todo desencanto. Había en España unos brazos amantes; unos brazos abiertos, como aquellos otros de la Cristiana Cruz; unos brazos que todos los días, todas las horas, todos los instantes, temblaban impulsados por el deseo, por la emoción, por el dolor de no cubrir con ellos al ser amado.

Su madre: su santa madre; la afligida Rosarito; aquella Rosarito de alma grande y olvido perezoso, que durante la ausencia de su hijo del alma, vertía a torrentes las lágrimas pidiendo al Cristo de la Expiración, al Divino Fruto de su Virgencita, que velara por aquél adorado germen de sus entrañas que en lejanas tierras jugaba con la vida y le acechaba la muerte. Su madre; ¡su bendita madre!... ¡Este era el único consuelo de Currito Ramírez!

¿Pero había necesidad de decirlo siquiera?... ¿No era una injusticia pensar que este afecto, el más grande y santo, el más inegoísta, pudiera separarse ni un solo instante de la mente de un hijo, y menos de un hijo como el de Rosarito la Campanera?...

La madre es un valor positivo; el más positivo de todos los valores; y por serlo, no hay que afirmarlo; porque afirmado está en la conciencia de los afortunados que no olvidan nunca lo eficiente de su poder.

.
Llegó la hora, e interminables caravanas de automóviles recorrían el trayecto de Méjico-Ve-

racruz. Lo más elegido, lo más selecto de la capital del Estado, se trasladaba en busca de aquel mar que había de arrebatárles el ídolo, para llevarlo a su originaria tierra.

En el puerto se apiñaba la multitud para dar el último adiós, quizá el de eterna despedida a quien supo adueñarse de todas las voluntades, de todos los afectos, de todos los corazones mejicanos.

Apareció el auto en que llegaba Currito, dando esto lugar a una escena indescriptible: saludos, aplausos, vítores, entusiasmo loco, tristeza incontentada, risas y lágrimas, miradas de simpatía y muecas de dolor: todo a un tiempo.

La emoción del sevillano era tan patente, que nadie dudó de los amargos sinsabores que paladeaba el hombre que supo agradecer las demostraciones de puro afecto que Méjico le dispensara.

¡Viva el torero valiente!...

¡Viva el noble español!...

¡Viva el simpático sevillano!...

¡Que vuelva!... ¡que vuelva!...

Estas aclamaciones y otras análogas, atronaban el espacio.

¡Vorveré: yo oz prometo que vorverét—respondía el diestro—¡ez muy grande ya er cariño que por vozotroz ziento, pá que yo puea orviarlo!...

Y de nuevo surgieron las extralimitaciones de la sincera simpatía; y otra vez la ovación se hizo emocionante; y Currito queriendo abreviar aquella escena que producíale una impresión aho-

gadora, descendió con rapidez la escalerilla del embarcadero, para después saltar al interior de la canoa que partió veloz.

La pequeña nao, cortaba murmuriente las rizadas olas, y un grito unánime subió a los cielos...: ¡Adioooooos!...

Aquellos millares de labios, no supieron pronunciar otra frase como amén de la inolvidable ovación: aquellos corazones, no tuvieron energías para dar impulso a más palabras. El sentimiento agotó las fuerzas materiales, y en cambio supo elevar el espíritu hasta el infinito.

El «Montevideo», proa a la mar, enfilaba la bocana del puerto; y Curro, de pie en la toldilla, con la cabeza descubierta y los ojos preñados de lágrimas, saludaba sin cesar al noble pueblo a quien llegó a querer como su segunda Patria.

El vetusto trasatlántico bogaba con celeridades de cetáceo. A lo lejos, habíase quedado una muchedumbre entristecida por el presentimiento de que jamás volvería a aplaudir a su torero favorito.

Progresivamente fué apagándose el vocerío, hasta perderse por completo su eco. Los seres decrecían en sus proporciones, hasta llegar a la invisibilidad de la retina. Veracruz parecía la maqueta de un poblado, hasta que al fin tanto empequeñeció sus dimensiones, que solo el crestaje de las olas, fué suficiente para hundirla en los abismos de los mares. La faja grisácea de la tierra,

luego; los picos de los montes, después; más tarde, nada. Cielo y tierra lo habían borrado todo.

Plea mar; olas rugientes, crestería de espuma; inmensidades de océanos e interminables azuleos del infinito. Humo; trepidar de calderas; pitadas de mando; estridencias de la sirena: nubes arriba; hervidoras corrientes abajo; luz a veces y a veces sombras. Estallidos del trueno; lluvias ahogadoras; sol y bonanza; costas que huyen; rompientes que se acercan; aves, monstruos, risas, penas; luminarias de faros, y mástiles al fin, que enhiestos sobre los cascos, lucen policromos gallardetes en el hermoso puerto gaditano.

¡España!...: de nuevo España.

El empresario de Madrid, pasa a bordo a saludar a Currito, apenas anclado el barco.

La temporada iba a empezar: faltaban días para que Abril, saludara a la Primavera.

Desde Cádiz fué Curro directamente a la Corte, y en la Corte se instaló Rosarito dos días después.

Sevilla, guardaba amarguras para el famoso lidiador: por de pronto, no viviría en Sevilla.

La prensa, sin excepción alguna, se ocupó del retorno del gran torero, deshaciéndose en elogios al dar cuenta de su inolvidable temporada mejicana.

España sintió ansias por ver de nuevo a su torero, y las empresas corrían tras él como seguro éxito de taquilla.

En pocos días firmó hasta ciento diez contra-

tos; teniendo que dejar muchos más sin efecto, por no quedarle tiempo disponible para aceptarlos.

Entre los firmados, figuraba el de la Semana Santa en Sevilla. Y sabe Dios que le costó gran trabajo a la empresa, conseguir que el diestro consintiera en pisar aquel ruedo.

—«¿Tan mal nos quieres Curro?...»—le interrogaban sus paisanos.

—Yo quiero a la gente e mi tierra, con toa la verdá que eyoz meresen. Mi negativa en torea ézte año laz corríaz e Zeviya, obedese a otra rasone de índole particulá, en laz que naíta tien que ve loz afertoz ni las zimpatía que yo zabré guardá ziempre a la hermosa y noble tierra en que he nasío, y a la que yo amo con toa mi arma.

—¡Currito: borraré tu nombre del carté, ez dejá en entredicho a Zeviya!

—¡Ezo nuncal: basta; acepto laz corríaz que zean, y en favó de loz pobresitoz e mi paí, dejaré er fruto íntegro de mi trabajo. ¡No hay má que hablál!: ¡mi nombre al carté!: ¡Currito torea!

Un fuerte abrazo dado al diestro, por los empresarios, fué el testimonio más expresivo de gratitud y de reconocimiento.

¡Aquel niño era el más grandel...

Precio: 3'50 Ptas.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

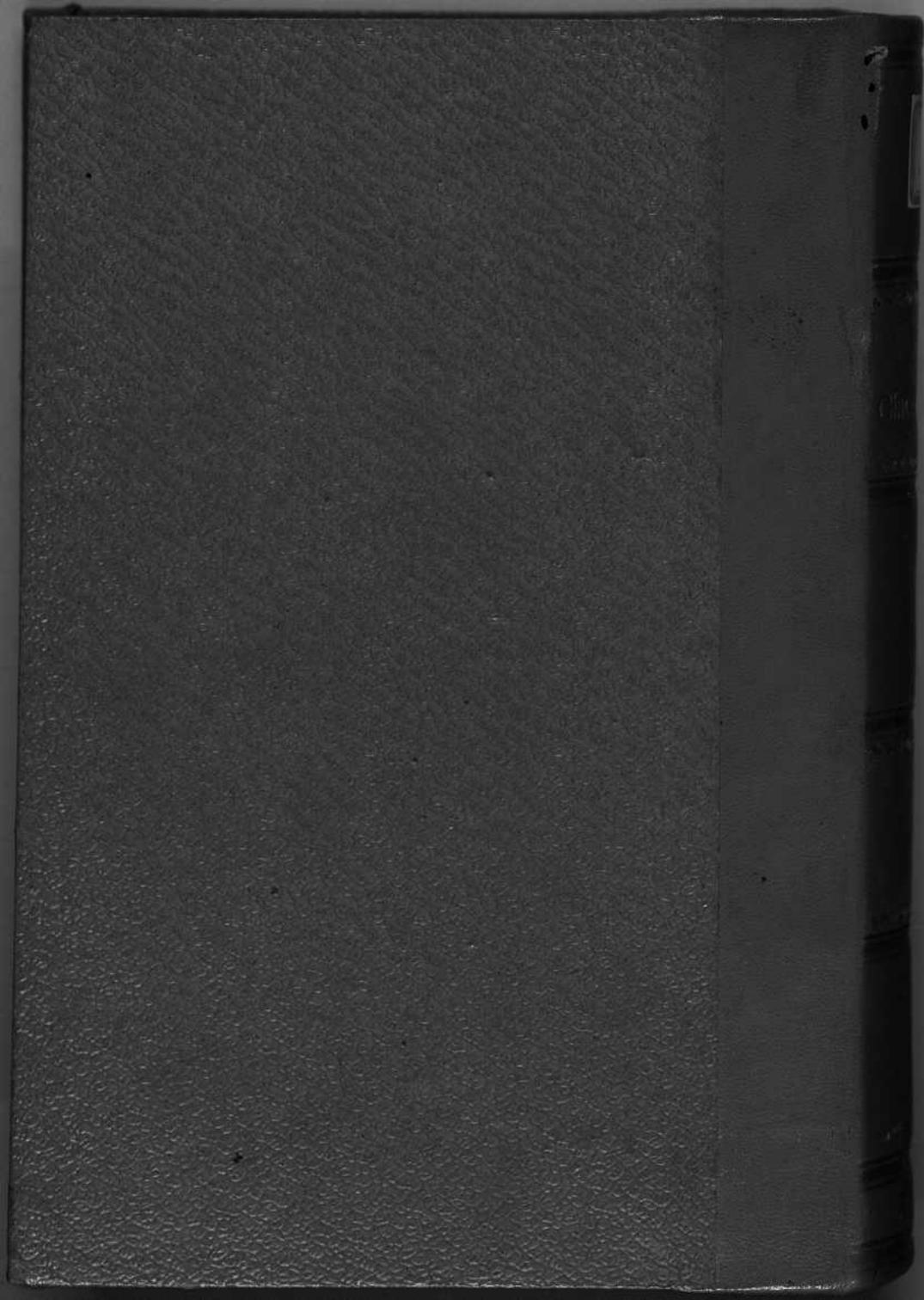
Pesetas

Número. 539 | Precio de la obra.....

Estante. 2 | Precio de adquisición..

Tabla... 7 | Valoración actual.....

Número de tomos.



139.

H. BAYO

Claveles Rojos

1